



Los sacerdotes y la alegría de evangelizar

MANUEL SÁNCHEZ MONGE

Obispo emérito de Santander

Con gozo me sumo al homenaje que se tributa a mi querido amigo José Manuel, obispo de Cartagena, y pensando precisamente en él me he animado a desarrollar el tema de la alegría de evangelizar, de la que él nos da siempre un magnífico testimonio.

El papa Francisco advierte: «Como hijos de esta época, todos nos vemos afectados por la cultura globalizada. Es verdad que nos brinda nuevas posibilidades, pero también nos limita, condiciona e incluso enferma. Reconozco que necesitamos crear espacios motivadores y sanadores para los agentes pastorales, “lugares donde regenerar la propia fe en Jesús crucificado y resucitado, donde compartir las propias preguntas más profundas y las preocupaciones cotidianas, donde discernir en profundidad con criterios evangélicos sobre la propia existencia y experiencia, con la finalidad de orientar al bien y a la belleza las propias elecciones individuales y sociales”» (EG 77).

En un mundo tan polarizado y agresivo como el nuestro es preciso que los sacerdotes y obispos asumamos muy claramente nuestra identidad cristiana y eclesial con convencimiento, con entera confianza y fidelidad. Aceptando de antemano las tensiones con el mundo que nos rodea. Las reservas interiores y los distanciamientos respecto a la Iglesia pueden fácilmente degenerar en un alejamiento interior que favorece el contagio cultural y el creciente distanciamiento espiritual. La fe cristiana no lleva tampoco al desprecio del mundo, sino todo lo contrario. Recordemos la exhortación de san Pablo: *En fin, hermanos, todo lo que hay de verdadero, de noble, de justo, de puro, de amable, de honorable, si hay alguna virtud o algo digno de alabanza, tomadlo en cuenta* (Fil. 4,8).

Nuestra misión, como la de Jesús, es ayudar a los hombres y mujeres del mundo actual a descubrir y aceptar a Dios como principio y plenitud de su vida. Para eso tenemos que estar convencidos de ello sin dudas ni fisuras posibles. Una cultura sin Dios es objetivamente una cultura contra el hombre. Podemos ver cada día cómo una cultura que comienza ensalzando al hombre, prometiéndole todas las felicidades del mundo, degenera sin remedio en el egoísmo, la insolidaridad, la crueldad e incluso la muerte. Con la exhortación *Evangelii gaudium*, el papa Francisco ha invitado a toda la Iglesia a embarcarse en una nueva etapa evangelizadora marcada por la alegría (EG 1), a un anuncio renovado del Evangelio que ofrezca a los creyentes una nueva alegría (cf. EG 11). Creer en Jesucristo y ofrecer su Evangelio es el motivo de la mayor alegría. Porque «no es lo mismo haber conocido a Jesús que no conocerlo. No es lo mismo caminar con Él que caminar a tientas. No es lo mismo poder escucharlo que ignorar su Palabra. No es lo mismo poder contemplarlo, abrazarlo, descansar en Él que no poder hacerlo. No es lo mismo tratar de construir el mundo con su Evangelio que hacerlo solo con la propia razón... Por eso evangelizamos»¹. Recogiendo palabras de Pablo VI en *Evangelii nuntiandi*, n. 80 subraya el papa Francisco: «La Buena Noticia ha de transmitirse no a través de evangelizadores tristes o desalentados, impacientes o ansiosos, sino a través de ministros (...) cuya vida irradia la vida de Cristo» (EG 10).

La fe no se trasmite como un saber. La fe no está ligada indisolublemente a técnicas, estrategias y planificaciones. La fe la transmiten los verdaderos testigos. «Toda palabra puede encontrar “contestación” en otra palabra. Pero ¿qué palabra hay que pueda “contestar” a una vida?» dejó escrito Gregorio Palamas, un famoso monje del Monte Athos (1296-1359).

«El sacerdote que no escucha antes de transmitir –dirá Greshacke– es, en el fondo, un traficante de mercancía averiada... El servicio sacerdotal se basa en la escucha personal de la Palabra de Dios o degenera en mero mecanicismo»². Otra patología posible consiste en que quien la anuncia lo haga como si ella nada tuviese que ver con el anunciante. Puede desnaturalizarse el anuncio si se convierte en un mensaje moralista o en una exhibición exegética. El Papa es sensible ante este defecto: «La predicación puramente moralista o adoctrinadora y también la que se convierte en una clase de exégesis reducen la comunicación entre corazones»³.

1 FRANCISCO, *Evangelii gaudium*, n. 266, en adelante: EG.

2 G. GRESHACKE, *Ser sacerdote*, Salamanca: Sígueme, 1995, 156. Citado en Juan María Uriarte, *Actitudes personales y comunitarias para la misión*, en *La conversión pastoral en la acogida y en la misión*, Madrid: Edice, 2015, 72-74.

3 FRANCISCO, EG 142.

La fe se transmite con alegría: «Un creyente que se deja formar y conducir por la fe de la Iglesia –escribió en su momento el cardenal Ratzinger– debiera ser, con todas sus debilidades y dificultades, una ventana a la luz del Dios vivo, y si verdaderamente cree, lo es sin duda alguna. Contra las fuerzas que sofocan la verdad, contra este muro de prejuicios que bloquea en nosotros la mirada de Dios, el creyente debiera ser una fuerza antagonista. Una fe aún en sus inicios debiera poder apoyarse en él [...]. En esto se demuestra la gran responsabilidad de los cristianos hoy día. Debieran ser puntos de referencia de la fe como personas que “saben” de Dios, demostrar en su vida la fe como verdad, a fin de convertirse así en indicadores del camino que recorren otros. La nueva evangelización, que tanta falta nos hace hoy, no la realizamos con teorías astutamente pensadas... Sólo la relación entre una verdad consecuente consigo misma y la garantía en la vida de esta verdad, puede hacer brillar aquella evidencia de la fe esperada por el corazón humano: solo a través de esta puerta entrará el Espíritu en el mundo»⁴.

La alegría cristiana que recomienda el Papa no es un simple entusiasmo provocado por una exaltación de la sensibilidad. Es un gozo interior sereno, nacido de una fe iluminada por la experiencia, que se traduce en pasión evangelizadora. El misionero tiende a destacar los aspectos luminosos de la realidad sobre los sombríos, infunde a los demás aliento y ganas de vivir. Es inasequible a un desaliento duradero. Conoce la niebla de la decepción, pero predomina en él la luz radiante de la alegría.

En el rostro que la Iglesia presenta ante la sociedad apenas se percibe esta alegría luminosa. He aquí algunos factores que contribuyen a ello: el sentimiento de escasa eficacia evangelizadora, la apatía de muchos receptores potenciales, la moral baja de bastantes comunidades, la fatiga pastoral tocada por un cierto pesimismo escéptico, la perspectiva de un «largo invierno» para la fe ensombrecen el rostro de la comunidad. «La sociedad tecnológica ha logrado multiplicar las ocasiones de placer, pero encuentra muy difícil encontrar la alegría»⁵. La alegría de la misión es una alegría pascual que participa de la Pascua del Señor desplegada en las tres pascuas que están unidas por la alegría: la Pascua de Navidad (*Os anunciamos una Buena Nueva que será de gran alegría para todo el pueblo* (Lc 2, 10); la Pascua de Resurrección cuando los discípulos *no acababan de creer por la alegría* (Lc 24-41) y la Pascua de Pentecostés: *los discípulos se llenaron de alegría al ver al Señor* (Jn 20).

4 J. RATZINGER, *Mirar a Cristo*, Valencia: Edicep, 2005², 39-41.

5 PABLO VI, *Gaudete in Domino* (9 de mayo de 1975), n. 22.

Veamos cómo vive y transmite la alegría cristiana el apóstol Pablo, modelo supremo de evangelizador, para tener una referencia segura y válida ante el desafío de anunciar la Buena Noticia de Jesús con alegría. La figura de san Pablo ha alumbrado y sostenido a los grandes evangelizadores en diversas épocas de la historia de la Iglesia desde san Agustín hasta san Juan de Ávila, por poner dos ejemplos. Pablo de Tarso es para nosotros un espejo para contemplar las alegrías y sufrimientos que entraña la vida y la actividad de un mensajero del Evangelio: *Llevamos este tesoro en vasijas de barro, para que se vea que una fuerza tan extraordinaria es de Dios y no proviene de nosotros. Nos aprietan por todos los lados, pero no nos aplastan; estamos apurados, pero no desesperados; acosados, pero no abandonados; nos derriban, pero no nos rematan. En toda ocasión y por todas partes llevamos en nuestro cuerpo la muerte de Jesús, para que también la vida de Jesús se manifieste en nuestro cuerpo* (2 Cor 4,7-11)

1. LA FUENTE DEL GOZO ESTÁ EN EL ENCUENTRO CON CRISTO

En el encuentro con Jesucristo, camino de Damasco, se produce la conversión de Pablo y toda su existencia queda transformada. Él se siente un hombre nuevo: *el que está en Cristo es una nueva creación; pasó lo viejo, todo es nuevo* (2 Cor. 5,17).

El gozo en Pablo no tiene otra fuente, en definitiva, que sentirse depositario del amor de Dios manifestado en Cristo Jesús. En adelante nada ni nadie podrá separarle del amor de Dios: *Estoy seguro de que ni la muerte ni la vida, ni los ángeles ni los principados, ni lo presente ni lo futuro, ni las potestades ni la altura, ni la profundidad ni otra criatura alguna podrá separarnos del amor de Dios manifestado en Cristo Jesús, Señor Nuestro* (Rom 8,38-39).

A partir del encuentro personal con Cristo, la vida de Pablo cambia tan profundamente que puede exclamar: *Vivo, pero no yo, es Cristo quien vive en mí* (Gal 2,20). Esta presencia constante de Cristo en su vida invierte su escala de valores: lo que parece tristeza, en realidad es gozo; el sufrimiento verdaderamente es alegría; la ganancia es pérdida; la riqueza es basura: *Lo que era para mí ganancia, lo he juzgado una pérdida a causa de Cristo. Y más aún: juzgo que todo es pérdida ante la sublimidad del conocimiento de Cristo Jesús, mi Señor* (Fil 3,7-8). El encuentro con Cristo, la comunión de Pablo con su Señor, le llevan a pasar de la tristeza al gozo y de la muerte a la vida. Su vida a partir de entonces no consistirá en otra cosa que *conocerle a Él, el poder de su resurrección y la comunión en sus padecimientos hasta hacerme semejante a Él en la muerte tratando de llegar a la resurrección* (Fil 3, 10-12).

2. ALEGRÍA POR LA PREDICACIÓN DEL EVANGELIO

La vida de Pablo como misionero del Evangelio no fue, sin embargo, un camino de rosas. El servicio pastoral tampoco es una ruta triunfalista, sino una serie de luchas dolorosas en favor de la humanidad a la que sirve edificando la Iglesia. La persecución fue un estado permanente a lo largo de la vida de Pablo como apóstol de Jesucristo y en algunos momentos con tintes de tragedia: *Algunos judíos venidos de Antioquia e Iconio, habiendo persuadido a la gente, lapidaron a Pablo y le arrastraron fuera de la ciudad, dándole por muerto. Pero él se levantó y rodeado de discípulos entró en la ciudad* (Hech 14, 19-20).

Pablo sufrió el ser lapidado por la predicación de la Palabra, pero esto no supuso un impedimento irremediable para su testimonio de Jesucristo: después de ese padecimiento Pablo se levanta, entra en la ciudad y prosigue la evangelización. En medio de la tribulación descubre un profundo significado salvífico. Para los auténticos apóstoles la tribulación es un motivo de gozo: *Marcharon contentos de la presencia del Sanedrín, por haber sido considerados dignos de sufrir ultrajes por amor al nombre de Jesús* (Hech 5,41). Pero nunca se trata de superhombres, sino que reconocen sin ambages: *Nosotros somos también hombres, de igual condición que vosotros, que os predicamos que abandonéis las cosas vanas y os volváis al Dios vivo que hizo el cielo y la tierra, el mar y cuanto hay en ellos* (Hech 14,15).

Para Pablo el reinado de Dios es el objeto de su predicación y es también la razón de su consuelo: *Es necesario que pasemos muchas tribulaciones para entrar en el Reino de Dios* (Hech 14,22). El Reino es la razón de ser del apóstol. La predicación y el testimonio de Jesucristo resumen toda la existencia del evangelizador; no importa si de ellos se derivan alegría o sufrimiento. El Reino es el gozo de todo apóstol verdadero.

3. EL GOZO, FRUTO DEL MISTERIO PASCUAL

¿Cómo es posible que la tristeza se convierta en gozo? El cambio radical de la vida de Pablo se basa en su conciencia de haber sido ganado por Cristo: *habiendo sido yo mismo alcanzado por Jesucristo*. Todo en Pablo es un regalo de Dios, un don, una gracia: el gozo de la salvación, la alegría de la resurrección: *Dios, rico en misericordia, por el grande amor con que nos amó, estando muertos a causa de nuestros delitos, nos vivificó juntamente con Cristo –por gracia habéis sido salvados–, y con Él nos resucitó y nos hizo sentar en los cielos*. En esto consiste la salvación, ésta es la fuente de todo gozo: *por gracia habéis sido salvados* (Ef 2,4-6).

El gozo desbordante y transformador del heraldo del Evangelio y de toda la comunidad cristiana provienen de su participación en el misterio pascual: el poder del Espíritu Santo inserta en la pasión de Cristo para morir al pecado y resucitar a una vida nueva mediante la resurrección. En el misterio pascual el cristiano participa por medio del bautismo: *¿O es que ignoráis que cuantos fuimos bautizados en Cristo Jesús fuimos bautizados en su muerte? Fuimos, pues, con Él sepultados en la muerte, a fin de que al igual que Cristo fue resucitado de entre los muertos por medio de la gloria del Padre, así también nosotros vivamos una vida nueva* (Rom 6, 3-4).

El poder del Espíritu, la gloria del Padre, se hacen presentes en el sacerdote transformándolo y haciéndole pasar de la muerte a la vida por la resurrección. He aquí la raíz de todo gozo. El que comunica la Buena Noticia, como Pablo, vive intensamente el gozo y lo comunica a la comunidad mediante su ministerio.

4. EL GOZO, DON DE DIOS

El gozo que siente el apóstol Pablo, por tanto, no pertenece a este mundo sino que es un regalo de Dios que le ha llegado mediante las buenas noticias que le trae Tito, ciertamente. Pero el consuelo viene de Dios, y la alegría que siente Pablo es un regalo de quien ha dirigido providencialmente el tejido del conflicto ya superado. La tristeza de la comunidad estaba también en los planes de Dios y ha sido una oportunidad, una prueba, para que hayan vuelto a los buenos sentimientos y al deseo de comunión: *Cuánta preocupación ha producido en vosotros la tristeza que, según los planes de Dios habéis soportado* (2 Cor 7,11). Es decir, hay dos clases de tristeza: una tristeza *del mundo*, que conduce a la desesperación y produce la muerte; y otra tristeza *según la voluntad de Dios*, que conduce a la salvación (cf. 2 Cor 7,10)

El riesgo de las tensiones entre Pablo y la comunidad fue grave, en efecto. El gran temor de Pablo se basaba en la posibilidad de la ruptura de la comunidad de Corinto con él y con el Evangelio. Esto hubiera sido, muy probablemente, la muerte espiritual de la comunidad. También cabía la posibilidad de que la providencia de Dios llevase a aquella Iglesia, mediante las cartas, –es decir, mediante el ministerio escrito de Pablo–, al sentimiento sincero de conversión y a la salvación, como así fue. El Señor le había regalado esta alegría y este consuelo: *ahora me alegro... porque aquella tristeza os llevó al arrepentimiento* (2 Cor 7,9).

5. GOZO Y DETERMINACIÓN DEL APÓSTOL

El apóstol Pablo llama a los ministros del Evangelio «servidores de la alegría». A los cristianos de Corinto, en su segunda carta, les escribe: *No es que pretendamos dominar sobre vuestra fe, sino que contribuimos a vuestra alegría, pues os mantenéis firmes en la fe* (2 Co 1, 24). Son palabras programáticas para todo sacerdote y evangelizador. Para ser colaboradores de la alegría de los demás, en un mundo a menudo triste y negativo, es necesario que el fuego del Evangelio arda dentro de nosotros, que reine en nosotros la alegría del Señor. Solo así podremos ser mensajeros y portadores de esta alegría llevándola a todos, especialmente a cuantos están tristes y afligidos.

Desde la alegría y la paz que da el superar positivamente la prueba, Pablo analiza lo sucedido y afirma haber actuado para probar la obediencia de los corintios. En aquella comunidad hubo *un ofensor* (desconocido) y *un ofendido* (el enviado de Pablo o el mismo Pablo). Pero la intervención del apóstol no fue a favor de uno o de otro, sino con el fin de que el cariño que le tenían y le habían demostrado, resultase evidente a los ojos de Dios (2 Cor 7,12).

Pablo descubre la providencia de Dios en todo este episodio desagradable. La prueba que Pablo había puesto a los corintios había sido *la carta escrita envuelto en lágrimas*, que les había enviado por medio de Tito. Esta carta les había producido una saludable tristeza y los había llevado al arrepentimiento y a la cercanía a Pablo. La tristeza y la prueba habían conducido a la salvación.

De aquel asunto se pueden obtener dos conclusiones para la tarea del evangelizador: que en ocasiones es preciso tomar decisiones, aunque sean dolorosas y difíciles de entender, y que el anuncio del Evangelio está dirigido al bien de la comunidad y está por encima del consuelo o el disgusto del apóstol. Consuelo y desconsuelo van entrañados en el ejercicio del ministerio sacerdotal y pueden ser consecuencia normal de las necesarias decisiones que el pastor debe adoptar.

El evangelizador, pues, ha de estar entrenado en asumir toda clase de circunstancias: *Sé vivir en la pobreza y sé vivir en la abundancia; en todas las coyunturas estoy entrenado en tener hartura y pasar hambre, en tener de sobra y en escasear* (Fil 4,12).

6. VIVIR Y COMUNICAR LA ALEGRÍA, TAREA DEL APÓSTOL

La alegría que Pablo pretende ofrecer a los cristianos de Corintio no es algo superficial y pasajero, sino una característica del ser cristiano, propia de quien vive en Cristo: *Estad siempre alegres en el Señor, os lo repito, estad alegres... No os inquietéis por cosa alguna* (Fil 4,4.6). La llegada del Reino de Dios y

la presencia del Espíritu Santo produce en los creyentes la alegría, el gozo y la paz: *El reino de Dios no es comida ni bebida sino justicia y paz y gozo en el Espíritu Santo* (Rom 14,17). Es la alegría propia del tiempo de salvación, de los tiempos mesiánicos, la alegría que produce la fe en Jesucristo.

Pablo desea hacer partícipe a la comunidad de Corintio del gozo que produce la fe. No pretende manipular las conciencias: *no pretendemos tener dominio sobre vuestra fe sino que contribuimos a vuestro gozo* (2 Cor 1,24), les asegura después de explicarles las razones por las que no ha podido visitarlos.

La alegría es un don del Espíritu Santo, un fruto que se cosecha en el Reino de Dios: *quienes hacen las obras de la carne no heredarán el Reino de Dios, en cambio el fruto del Espíritu es amor, alegría, paz, paciencia, afabilidad, bondad, fidelidad, mansedumbre, templanza* (Gal 5,19-22). Por eso Pablo exhorta continuamente a vivir en alegría: *¡estad siempre alegres!* (1 Ts 5,16).

La alegría va unida a la gratuidad: *Una vez entre vosotros no he acudido a ninguno de vosotros, a pesar de hallarme en necesidad; porque fueron los hermanos procedentes de Macedonia los que colmaron mi escasez. Y he tenido mucho cuidado (y lo seguiré teniendo) de no seros gravoso. ¡Por la verdad de Cristo que hay en mí, nadie me hará callar cuando me jacto de esto en las regiones de Acaya* (2 Cor 10,8-9).

El premio y la recompensa del evangelizador no es otra que el que se mantengan unidos y concordes los que han recibido la fe: *Si queréis, pues, darme el consuelo de Cristo y aliviarme con vuestro amor; si nos une el mismo Espíritu y tenéis entrañas compasivas, dadme esta gran alegría: manteneos unánimes y concordes en un mismo amor y en un mismo sentir. Nada por rivalidad ni vanagloria, sino más bien por humildad, teniéndooos unos a otros por superiores a sí mismos; buscando cada uno, no lo suyo sino lo del otro* (Fil 2,14).

7. ALEGRÍA ENTRE SUFRIMIENTOS

No es la alegría del evangelizador una alegría indolora. Lo contrario de la alegría no es el sufrimiento, sino la tristeza. Aunque la alegría no se vive del mismo modo en todas las circunstancias de la vida, siempre permanece como un brote de luz que nace de sentirnos infinitamente amados. Los que se encuentran verdaderamente con Cristo han de experimentar la alegría incluso en medio del sufrimiento: *Estoy lleno de consuelo, me siento desbordar de gozo en todas nuestras tribulaciones* (2 Cor 7,4). Si el sufrimiento produjese necesariamente tristeza y nada más, Pablo tendría todas las razones del mundo para estar triste: ha sufrido más que nadie. Pero precisamente por eso se asemeja más a Cristo, su Señor: *Nos presentamos como ministros de Dios: con mucha constancia en*

las tribulaciones; en azotes, cárceles, sediciones; en fatigas, desvelos, ayunos (cf. 2 Cor 6, 4-10).

Ahora bien el sufrimiento para el que evangeliza no es causa de tristeza sino, por el contrario, motivo de alegría, porque también el sufrimiento va incluido en el ejercicio del ministerio. Si el ministerio es la causa de la alegría de Pablo, todo lo que el ministerio comporta, sufrimiento o satisfacción, facilidad o dificultad, todo es motivo de gozo.

¿No parece una contradicción la coexistencia de ambos sentimientos? No existe tal contradicción. La íntima unión entre el gozo y la tribulación se da en la fe: el creyente auténtico experimenta permanentemente una incontenible alegría: *¡Alegraos siempre en el Señor, os lo repito, alegraos!* (Flp 4,4). Es el Señor quien hace posible la alegría en la vida de su enviado. Todas las razones de Pablo por haber sido elegido y ejercer su ministerio, serán razones para vivir lleno de gozo. En todo caso, existe también una tristeza saludable: la pena por haber hecho el mal. Pero incluso esta pena debe ser un camino hacia la alegría: alcanzar el bien, crecer continuamente, instalarse en él.

8. EL GOZO POR LA DIFICULTAD SUPERADA

Las dificultades de relación con la comunidad habían sido enormes. Pablo no había tenido ni un momento de descanso: luchas por fuera, miedos por dentro. Sin embargo, un colaborador suyo, Tito, vuelve de Corintio y le trae inmejorables noticias. El encuentro con él le proporciona un gran gozo: *Dios, que consuela a los débiles, me llenó de consuelo con la llegada de Tito* (2 Cor 7,6).

Además, Tito le cuenta que la comunidad desea verle a él, que ha sido fundador y padre de aquella Iglesia: estaban apenados hasta saltárseles las lágrimas por el dolor que le habían causado, con el mejor espíritu de obediencia seguían sus órdenes y deseos. La alegría de Pablo se torna ahora superior al sufrimiento pasado: *Me informó de vuestro ardiente deseo, de vuestra aflicción, de vuestro cariño hacia mí hasta el punto de llenarme de alegría* (2 Cor 7,7).

El apóstol había contado solidaria y confiadamente con sus colaboradores. Pablo había enviado a Tito para una misión pacificadora, llevando una carta (¿la carta de las lágrimas?), y esperaba angustiosamente el resultado de su gestión: *Mi espíritu no tuvo punto de reposo* (Ti 2,14), por el bien de la comunidad y de su enviado. A su regreso, vive emocionado el encuentro con Tito, que le trae buenas noticias, apoyándole y alegrándose por el éxito de su misión: *tuve un gozo todavía más grande por la alegría que sentía Tito, cuyo ánimo tanto habíais confortado* (2 Cor 7,13).

Pero Pablo no es arrogante ni soberbio, aunque haya actuado con fuerza y haya hablado de sí mismo. A ello le empujó la grandeza del ministerio que había recibido de Dios. Por eso hablaba con franqueza y autoridad. Los apóstoles tienen que sufrir pero están sostenidos en sus tribulaciones por la esperanza de la resurrección. No cabe un uso autoritario y despótico de la auténtica autoridad apostólica.

9. LA ALEGRÍA, CARACTERÍSTICA DE LA COMUNIDAD

Porque es un efecto de la participación del cristiano en Cristo, la alegría no es solo algo individual, sino que tiene una dimensión comunitaria, social, es propia de la comunidad que vive en Cristo. La alegría de Pablo «es de todos sus fieles» (2 Cor 2,3). Es una corriente de vida que une a los miembros de una comunidad entre sí y a la comunidad con el apóstol, superando cualquier circunstancia adversa en que se encuentren: *Probados por muchas tribulaciones, su rebosante alegría y su extrema pobreza han desbordado en tesoros de generosidad* (2 Cor 8,2). Se refiere Pablo a Macedonia, donde ha actuado muy generosamente, y establece el modo de ser en todo momento: *si os escribí aquello, fue para no entristecerme, a causa de los miembros que deberían proporcionarme alegría, convencido respecto a todos vosotros de que mi alegría es la alegría de todos vosotros* (2 Cor 2,3). La corriente de alegría que fluye de Pablo a sus fieles y de estos a Pablo colma lagunas, iguala diferencias y aumenta la vitalidad de la Iglesia.

El regreso de Pablo a Filipos es «para provecho de los fieles y para la alegría de la fe», de suerte que los filipenses «reciban un aumento de esta alegría en Cristo Jesús por medio de la presencia del apóstol entre ellos» (Fil 1,25-26) y ellos a su vez puedan colmar la alegría de Pablo (Fil 2,2). *Yo me alegro y me congratulo con todos vosotros; de igual modo alegraos también vosotros y congratulaos conmigo* (Fil. 2,17-18). La alegría es una fuerza vital que empuja hacia adelante a la Iglesia, el «pleroma» de Cristo, hasta que llegue a la medida de su talla y de su madurez (Ef. 4,13).

La alegría es una dimensión escatológica de la vida cristiana, el gozo que produce la fe y el apóstol vive con especial intensidad por particulares razones, comunicándolas permanentemente a la comunidad. Vivir la alegría en todo momento e impulsarla a la comunidad son modos de vida y tarea del apóstol.

10. LA VIDA EN CRISTO ES UNA VIDA EN PLENITUD

Pablo utiliza en sus criterios algunas expresiones que manifiestan su íntima unión con Cristo: *en Cristo y en el Señor*. Con la expresión *en Cristo* Pablo expresa la influencia sobrenatural que Cristo resucitado ejerce sobre su persona

y su vida. Todo bautizado participa de la vida *en Cristo*. La fórmula *en el Señor* Pablo la utiliza para exhortar a los oyentes, explicando la distancia que existe entre el discípulo y su Señor, entre el cristiano y Aquel que ha sido exaltado a la derecha del Padre, y ha sido constituido Señor y Mesías (Hech 2,36).

Vivir *en Cristo* significa para Pablo poseer la vida nueva que con su muerte y su resurrección Cristo nos ha conseguido: *el que está en Cristo es una nueva creación* (2 Cor 5,17). En todo aquel que vive *en Cristo* se da una verdadera transformación que produce como fruto una vida nueva. Esta vida nueva consiste en una vida llena de gozo, que no teme a la condenación (Rm 8,1), que está libre de toda esclavitud (Gal 2,4) y que le garantiza la resurrección (1 Cor 15,22); consiste en ser *hijos de Dios* (Gal 3,26), *poseer la vida eterna* (Rm 6,11), *ser santos y santificados* (Fp 1,1; 1Cor 1,2).

Como efecto de esta vida nueva del cristiano, transformada por la acción del Espíritu Santo, proviene el gozo: *estad siempre alegres en el Señor, os lo repito, estad alegres* (Flp 4,4); es la confianza en el Señor (2Ts 3,4); y es asimismo un poder desbordante: *todo lo puedo en Aquel que me conforta* (Flp 4,13). Efecto del *ser en Cristo* y *ser en el Señor* es también el servicio eclesial y misionero: *¿No sois vosotros mi obra en el Señor?* –recuerda Pablo a los Corintios–; por otra parte, Priscila, Áquila, Urbano, Apeles, Pérsida... son todos *colaboradores en el Señor*.

La capacidad de presidir la comunidad tiene igualmente su fundamento *en el Señor*: *tened en consideración a los que trabajan, os amonestan, os presiden en el Señor* (1Ts 5,12): son funciones de presidencia que Pablo fundamenta en el Cuerpo de Cristo: *Vosotros sois el Cuerpo de Cristo, y sus miembros cada uno por su parte: apóstoles, profetas, maestros, poder de hacer milagros, don de curaciones, de asistencia, de gobierno, diversidad de lenguas* (1 Cor 12,27–28). Todas estas obras son manifestación de la unión del apóstol y de cada uno de los miembros de la comunidad con el Cristo resucitado y exaltado.

11. LA OPCIÓN PREFERENCIAL POR LOS POBRES Y LA SALIDA A LAS PERIFERIAS

Ya en Aparecida, Benedicto XVI había afirmado que la opción preferencial por ellos «está implícita en la fe cristológica»⁶. Los obispos latinoamericanos dirían: «El encuentro con Jesucristo en los pobres es una dimensión constitutiva de nuestra fe en Jesucristo»⁷. El papa Francisco se mueve en esta misma línea:

6 BENEDICTO XVI, Discurso inaugural en Aparecida (13 de mayo de 2007), n. 3.

7 Documento de Aparecida, n. 257.

«Para la Iglesia la opción por los pobres es una categoría teológica antes que cultural, sociológica, política o filosófica»⁸.

No podemos permanecer en lugares cómodos para anunciar la Buena Nueva, hemos de ir a las periferias: «Prefiero una Iglesia accidentada, herida, manchada por salir a la calle, antes que una Iglesia enferma por el encierro y la comodidad de aferrarse a las propias seguridades (...). Afuera hay una multitud hambrienta y deseosa de Evangelio y Jesús repite (Mc 6, 37) sin cansarse: dadle vosotros de comer», indica el papa Francisco⁹.

Hemos de reconocer que entre muchos de los que están lejos de la Iglesia subyace una insatisfacción que implica una nostalgia de «otra cosa», un anhelo de algo que dé sentido a su existencia humana. «El ser humano –advertía Chesterton– experimenta un incómodo embarazo cuando siente que tiene que dar gracias por algo que percibe que no es fruto de su esfuerzo ni de su entorno y no sabe a quién dárselas».

BIENAVENTURANZAS DE LOS SACERDOTES EVANGELIZADORES

1. Dichosos vuestros oídos porque habéis escuchado la llamada de Jesús para continuar su sacerdocio como Cabeza, como Maestro y Pastor de la humanidad.
2. Dichosos vuestros ojos, fijos en el Señor, en su voluntad, en su Reino, para servirle en los hermanos.
3. Dichosa vuestra lengua que alaba a Dios y proclama la grandeza de su amor a cada persona.
4. Dichosas vuestras manos, que reparten con alegría el Pan de la Palabra y de la Eucaristía.
5. Dichosos vuestros pies de mensajeros de la paz, el amor, la justicia y la salvación a los hombres.
6. Dichosos vuestros corazones, sagrario de la Santísima Trinidad, que mantenéis limpios por el sacramento de la Penitencia y bañáis a otros en la piscina de la misericordia de Dios.
7. Dichosos vosotros por el «buen olor de Cristo» de vuestra vida dedicada a amar y a servir hasta dar la vida como Jesús.
8. Dichosos por vuestros silencios, densos como los de Cristo, en la Encarnación, en el Calvario y en la Eucaristía.

8 FRANCISCO, *Evangelii gaudium*, n. 198.

9 FRANCISCO, EG 49.